



Con
sabor
a
beso

**CARLA
CRESPO**



D.J.57

Con
sabor
a
beso

**CARLA
CRESPO**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Carla Crespo Usó

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Con sabor a beso, n.º 241 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-459-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Sentada en la terraza del típico restaurante sacacuartos para turistas, Inés observó a Llorenç mientras esperaba a que les trajesen la cena y se preguntó cómo había conseguido reservar una mesa. Estaban en plenas fiestas de Sant Joan y no creía posible que cupiera una sola persona más en la isla. Odiaba las aglomeraciones y se agobiaba entre tanta gente. Además, no es que ella fuera la alegría de la huerta para ser honestos, siempre le había ido más tratar con los muertos que con los vivos.

Dio un trago a su agua con gas e hizo una mueca de asco ante los inevitables olores a fritanga y pescado que le llegaban de todas partes. El local en el que se encontraban era tan solo uno de los muchos que había en el puerto de Ciudadela. Todos ellos abarrotados, todos sirviendo platos de caldereta de marisco como si no hubiera un mañana.

Lo cierto es que solo había venido por él.

Cuando hacía unos meses su mentor y antiguo profesor de Historia la había llamado para ofrecerle la posibilidad de trabajar con él en el yacimiento arqueológico del Poblado de Son Catlar, no dudó ni un momento en decirle que sí. Llevaba demasiados meses encerrada preparando la tesis doctoral y se le había nublado la mente al pensar en las posibilidades que una excavación como esa suponía para su carrera.

Además, no era la primera vez que trabajaban juntos.

Mientras cursaba la carrera, pasó los veranos como voluntaria en las

excavaciones arqueológicas de la Población Medieval de Ifach. Siempre le había gustado la Arqueología. Tal vez había visto demasiadas películas de Indiana Jones cuando era niña y, aunque su vida no se parecía en nada a la que tenía Harrison Ford en las películas, a ella le entusiasmaba. En verdad, la aventura no iba con ella. El verano pasado, ya como licenciada, trabajó codo con codo con él en un proyecto de investigación en la necrópolis de la Via Ostiense en Roma. No fueron solo unas vacaciones en Roma. Fueron las mejores vacaciones de su vida.

El traspies de un camarero que casi volcó sobre su impoluto vestido de lino blanco una generosa ración de caldereta la trajo de vuelta a la realidad.

—Eso no será para mí, ¿verdad? —preguntó, horrorizada al ver cómo lo depositaban delante de sus narices.

—Pues claro —respondió Llorenç sin comprender dónde estaba el problema—. Es el plato estrella de la isla. He pedido uno para cada uno. ¿Es que eres alérgica? No me suena que me lo comentaras... —dijo, pensativo, mesándose la espesa barba canosa.

No pudo evitar sonreír. Llorenç era una especie de conejo de Alicia, con su pelo blanco, sus gafas redondas y ese antiguo reloj de bolsillo que gastaba. Era despistado, nervioso y siempre iba corriendo de un lado a otro con algo por hacer, como si el día no tuviera suficientes horas. Resultaba sorprendente lo desastroso que era para la vida cotidiana cuando se trataba de una eminencia en lo que a la Historia y la Arqueología se refería. Estaba entusiasmado con ese proyecto.

Inés sabía que, aunque le hubiera comentado que era alérgica al marisco, cosa que no era cierta, no lo habría recordado.

—No, no —replicó, tratando de sonar amable, para que no se angustiara—, es solo que no me gusta la caldereta —explicó con un involuntario gesto de desagrado.

—¿Que no te gusta la caldereta?!

No era Llorenç quien le hacía esa pregunta, así que se giró para ver quién era el maleducado que andaba metiéndose en conversaciones ajenas. La voz, más bien un grito airado, provenía de un tipo que estaba sentado en la mesa

de detrás de ellos y que la observaba sin ningún pudor.

—Ni siquiera la has probado —sentenció el hombre, poniéndose en pie y dirigiéndose directamente a ella.

Con dos grandes zancadas, se plantó justo detrás de su silla. Un escalofrío recorrió su cuerpo al sentir esa mirada sobre ella, fue como si la atravesase. Inés elevó la cabeza para estudiarlo. ¡Joder, qué alto era! De hombros anchos y musculado, su presencia le imponía bastante, por lo que decidió que era mejor no replicar y seguir a lo suyo. Así lo hizo, hasta que él volvió a interpellarla.

—No soporto a los turistas que llegan a la isla y empiezan a criticarlo todo sin ton ni son.

Su atrevimiento hizo que no pudiera evitar contestarle.

—Yo no he criticado nada. La caldereta no me gusta. Así de simple. No hace falta que la pruebe.

—*Esa* caldereta que tienes ahí, probablemente sea de las mejores de la isla —señaló, con tono de irritación.

—Como si es la mejor del mundo, a mí no me gusta. Punto. Y, además, ¿a ti quién te ha dado vela en este entierro? —gruñó de malos modos—. ¡Menudo descaró!

—Si no la hubieras despreciado sin haberla probado, no me habría metido donde no me llaman, pero lo que has hecho, ¡eso sí que es una desfachatez! —replicó, alzando las manos como si su comentario a la caldereta fuese una afrenta personal.

—¡Ni que la hubieras cocinado tú!

Llorenç permaneció inmóvil y sin intervenir. Inés notó que los miraba a ambos con curiosidad, como si fueran dos especímenes dignos de estudio. Se quedó callada y no pudo evitar pensar que, pese a lo entrometido que el tipo había sido, quizás ese hombre *sí* fuera un ejemplar que mereciera la pena examinar...

Entrecerró los ojos y fijó la vista en sus labios carnosos y en su pronunciado mentón. Sin saber ni cómo ni porqué, en su mente empezaron a

sucedese una serie de imágenes que hicieron que un hormiguelo recorriera su cuerpo. En su fantasía, casi podía sentir sus grandes manos cogiéndola por la cintura y estrechándola contra su ancho pecho y se descubrió imaginando que le recorría el cuello con los labios, besándolo poco a poco. Notó como el calor la invadía. Al sentir que le ardían las mejillas, recobró la cordura y trató de dejar la mente en blanco.

Cogió el vaso y se bebió de golpe toda el agua, rezando para que su frescor aplacase el absurdo calentón que le había entrado. Algo que, además, no era propio de ella.

Como si los ojos verdes de aquel hombre pudieran leer lo que pasaba por su cabeza, el tipo se agachó levemente y le susurró al oído: —Si me dejas intentarlo, me gustaría convencerte de lo equivocada que estás.

Sintió el cálido aliento contra su piel. Su tono de voz ya no era de indignación o enfado, sino más bien provocador y, aunque las vidas de los muertos siempre le habían despertado más interés que las de los vivos y no era dada a los ligues, no pudo evitar verse arrastrada por su petición y asentir con la cabeza.

—Me llamo Rodrigo, por cierto —añadió mientras se apartaba de ella y echaba a andar, sin preguntarle ni cómo se llamaba ni dónde podía encontrarla.

Inés se quedó allí, desconcertada, siguiéndolo con la mirada y con su mente de historiadora diciéndole que resultaba un nombre muy apropiado y que muy bien podría ser la viva imagen del Cid Campeador.

Un pensamiento lascivo la invadió y la hizo sonrojarse: ¿sabría utilizar con tanta maestría la Tizona como el heroico caballero?

Rodrigo se alejó del restaurante donde trabajaba su hermana con sentimientos encontrados. Joder, ¿es que no podía dejar a un lado su vena ligona ni por un momento? ¿En serio tenía que ponerse en plan conquistador con una tía que había despreciado su plato estrella?

Lo cierto es que le había llamado la atención desde el momento en el que

la había visto sentarse a la mesa. Menuda, delgada y de piel clara, su elegancia le había recordado a las antiguas actrices de Hollywood. Pero no había podido evitar meterse donde no le llamaban al escucharla decir que no le gustaba la caldereta. Su actitud peleona le había indignado aún más y le había hecho ponerse a la defensiva, y mira que él era un tío tranquilo.

Aunque el cabreo le había durado lo justo porque, de repente, la había pillado mirándole de un modo tan provocador que había dejado que otra parte de su cuerpo dominase sus pensamientos y no se le había ocurrido nada mejor que proponerse sacarla de su error.

¿Que cómo pretendía hacerlo? Preparándole una caldereta que haría que se chupara los dedos y haciendo uso de algunas de sus, ejem, cualidades. La verdad es que se había sentido atraído por ella nada más verla. Y, para empezar, se dijo, iría a visitarla al día siguiente a esa excavación en la que los había escuchado decir que estaban trabajando.

Capítulo 2

Eran las doce del mediodía y el sol caía a plomo, las gotas de sudor recorrían su cara y sintió que el calor empezaba a hacer mella en ella. Además, tenía hambre. Por la noche apenas había cenado los entrantes, unas patatas bravas y un poco de pan con tomate, y por la mañana solo se había tomado un café con leche. Dejó en el suelo el legón con el que estaba trabajando y traspasó a la carretilla la tierra que había ido vertiendo en un capazo de plástico negro. Hizo un último esfuerzo y la empujó hasta la entrada del yacimiento, pasó por debajo del dintel de la muralla y después se apoyó sobre la pared de piedra, exhaló un suspiro y decidió que lo mejor sería hacer una pausa.

No había sacado más que tierra, ni una cerámica, ni una pieza de metal, absolutamente nada. Tierra y más tierra. Días así, tan poco productivos, hacían que se sintiera como un obrero. En cambio, Llorenç estaba feliz. Se había ido a lavar la cerámica que habían encontrado el día anterior y a ponerla a secar mientras ella seguía allí, de mulo de carga.

Se acercó a la mochila, sacó la botella de agua y dio un trago. Luego se tiró lo que quedaba en el recipiente por el cuello, dejando que empapase parte de su camiseta. En otras circunstancias le habría dado vergüenza que alguien la viera así, pero era sábado, el resto de compañeros de la excavación tenían el día libre y, como Llorenç no estaba, no tenía de qué preocuparse. Se quitó el coletero que llevaba en la muñeca y echó la cabeza hacia atrás para recogerse el pelo en un moño alto. No es que fuera como el de Holly

Golightly en *Desayuno con diamantes*, pero al menos le servía para sentir cómo la brisa fresca le acariciaba la nuca. No soportaba ese calor abrasador.

De pronto, escuchó el rugido de un motor y observó atónita como un Mehari descapotable naranja recorría el sendero de tierra que llegaba hasta el poblado y aparcaba a pocos metros de distancia. Entonces vio al conductor ponerse en pie y lo reconoció. Miraba a su alrededor como si buscase algo. O a alguien. El hombre esbozó una suave sonrisa al vislumbrarla y comprendió enseguida que era ella el objeto de su interés.

Rodrigo se bajó de un salto del vehículo e Inés tragó saliva, intentando tranquilizarse, pues la estampa que tenía ante ella era bastante perturbadora. Lucía unos vaqueros apretados, una camiseta blanca, que dejaba a la vista sus morenos y musculados brazos, y un sombrero de estilo *cowboy*. Su mente asoció la erótica imagen con una telenovela que había causado furor hacía ya algunos años y, mientras caminaba hacia ella dando grandes zancadas, en su cabeza resonaba la mítica canción que parecía describir a la perfección ese instante.

¿Quién es ese hombre, que me mira y me desnuda?

Una fiera inquieta que me da mil vueltas y me hace temblar, pero me hace sentir mujer...

¡Pero bueno! ¿Qué tendría ese tío, al que no conocía de nada, que hacía que todo se le revolviera por dentro? Notó que, cuanto más se acercaba, más nerviosa se ponía, así que dio un paso atrás con la intención de apartarse, chocando contra el muro de piedra. Rodrigo se plantó frente a ella y recorrió su cuerpo de arriba abajo, deteniéndose a mirar una zona muy concreta.

¡Mierda!

La camiseta estaba mojada y no llevaba puesto el sujetador... En un rápido gesto, se tapó el pecho con las manos y él soltó una carcajada.

—¿Có... cómo sabías que estaba aquí? —preguntó, sorprendida por el hecho de que la hubiese encontrado cuando no sabía ni su nombre.

Él se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo, pensándose si debía decirle o no la verdad.

—Anoche escuché algo...

—Por lo visto, eres de los que les gusta meterse en conversaciones ajenas —replicó sin quitarse las manos del pecho.

Rodrigo se encogió de hombros con una sonrisa tan seductora que le resultó imposible enfadarse con él, pese a lo impropio de su intromisión.

—Como te dije ayer —continuó, haciendo caso omiso al comentario de ella—, me gustaría demostrarte que estás equivocada.

—Y... ¿cómo piensas hacerlo?

—Supongo que sabes que hoy es la víspera de San Juan y que estamos en plenas fiestas... —comenzó.

Inés lo sabía. Pero bastante había tenido con ir el día anterior a cenar por la zona. Detestaba las aglomeraciones. No tenía agorafobia, pero la ponían nerviosa. Estaba acostumbrada al silencio y a estar rodeada de muy poca gente. Lo que no pensaba hacer ni por asomo era meterse entre el gentío para ver las fiestas y los caballos.

Supuso que su cara la había delatado, porque él soltó un bufido y la miró con gesto de sorpresa.

—Vamos, no me jodas, no me irás a decir que estás en contra de las fiestas, ¿no?

—No es eso, claro que me gustan, pero estará hasta los topes y yo... yo me agobio entre la muchedumbre.

—Está bien —aceptó de mala gana—. Aunque no me negarás una cena, ¿verdad?

Inés pensó que debía de parecerle insoportable. Por lo visto, odiaba todo lo que a él le gustaba; entonces, ¿por qué insistía en quedar con ella?

Notó como miraba con disimulo hacia su pecho y empezó a comprender...

Y, aunque ella no era de ligues de una sola noche, no quiso rechazar la oferta. Se sentía como si estuviera en uno de esos anuncios de cerveza en los que se mezclaban la buena música, las playas paradisíacas del Mediterráneo y

los amores de verano.

—¿Vas a darme caldereta para cenar?

Él soltó una risotada al escuchar la pregunta.

—Ya te dije ayer que no me gusta —insistió ella.

—Y yo, que te demostraría lo contrario.

—Lo tienes difícil. El marisco y yo somos enemigos acérrimos desde que, cuando tenía cuatro años, en un viaje por Escocia, mis padres me metieron a cenar en una marisquería.

—Menudo drama —respondió él, pensando que eso, más que una contrariedad era algo bueno.

—Tú no lo entiendes. El marisco no estaba a la plancha, estaba hervido. ¡Y el olor era insoportable! Me pasé la noche tumbada sobre las rodillas de mi madre para evitar levantar la cabeza y aspirar el hedor. Me entraron arcadas nada más entrar en el local, no creo que lo olvide nunca. Desde entonces, no he probado ni una gamba.

—Trataré de ponerle remedio a eso esta noche. ¿Seguro que no quieres acercarte a Ciudadela esta tarde? Te gustaría.

Ella negó, convencida, con la cabeza.

—Desde luego, eres peculiar, *Bones* —afirmó él, entre risas.

—¿*Bones*?

—Está visto que prefieres pasar el tiempo entre los restos de los muertos, antes que pasarlo con las personas, igual que a la doctora Brennan en la mítica serie, ¿me equivoco?

—Puede ser —aceptó—, pero esta noche me arriesgaré a pasarlo contigo.

Por su expresión le pareció que su respuesta afirmativa le había sorprendido y, a la vez, alegrado.

—En ese caso, te prometo que no te arrepentirás. Te espero en la finca de la familia —sentenció con seguridad mientras le tendía un papel en el que había apuntado un teléfono y una dirección.

Ella cogió el papel con cuidado de no rozarle siquiera y se lo metió en el bolsillo con rapidez. Apenas fueron dos segundos, pero percibió su mirada sobre su cuerpo y se tapó de nuevo con presteza para regocijo de él.

Rodrigo se acarició el mentón y se volvió a poner el sombrero vaquero en un gesto que le hizo recordar, una vez más, a los hermanos Reyes. Se dio media vuelta y se alejó hacia el coche.

—¡Me llamo Inés! —gritó al escuchar que ponía el motor en marcha y darse cuenta de que ni siquiera le había preguntado ni cómo se llamaba.

—¡Bonito nombre, *Bones*! —exclamó él, con guasa, antes de meter primera, arrancar y alejarse de la excavación dejándola tan perpleja como cuando había llegado a ella.

¡Maldito Llorenç y su obsesión con las tradiciones!

Por si no había tenido bastante con arrastrarla a cenar caldereta de langosta, se había empeñado en que no podía quedarse sola en el apartamento y la había obligado a acompañarlo a ver los primeros actos de las fiestas. En concreto, el Caragol des Born. Y, ¿para qué negarlo? Estaba acojonada. Lo único que sabía de ese acto es lo que había visto en la tele y por internet y, lo sentía, pero para una persona como ella, que necesitaba espacio vital a su alrededor, ese evento no parecía una buena idea.

—Es uno de los momentos más emocionantes de todas las fiestas, no te lo puedes perder —había insistido su profesor.

La obstinación de Llorenç había agotado los límites de su paciencia y ahí estaba, esperándolo. Seguía haciendo un calor insoportable, como aquella mañana, así que, después de darse una ducha, decidió cambiar la ropa de trabajo por algo más cómodo y fresco. Admiró su figura en el espejo de cuerpo entero que había en el recibidor del apartamento que habían alquilado para el tiempo que durase la excavación. Llevaba una sencilla blusa de manga corta blanca y una falda de vuelo beige que resaltaba su estrecha cintura. Como su piel clara estaba empezando a tornarse dorada después de pasar tantas horas bajo el abrasador sol de junio, se maquilló lo justo para resaltar

sus ojos color avellana.

Esperaba tener tiempo de regresar más tarde a arreglarse con tranquilidad para su cita de aquella noche. No sabía por qué, pero le hacía ilusión. Suponía que el hecho de que los huesos de sus ancestros y su querido Llorenç fueran los únicos hombres con los que pasaba el tiempo era parte del motivo... Y, para qué negarlo, el atractivo de Rodrigo era otro punto a su favor. La habían hipnotizado sus ojos verdes, que recordaban al mar que bañaba las calas de la isla y que su piel morena hacía resaltar todavía más. Supuso que era uno de esos hombres a los que era imposible resistirse y, la verdad, es que no tenía ninguna intención de hacerlo. Al contrario. Hacía mucho tiempo desde su última relación.

—¡Mira cómo vengo! Hasta arriba de tierra y suciedad.

Llorenç entró a toda velocidad y entre aspavientos en el apartamento, sacudiéndose la ropa polvorienta.

«Eso es lo que me hace falta a mí, ¡un buen polvo!», pensó Inés, haciendo al instante una asociación de ideas, y sintiendo que el estómago le daba un vuelco al pensar en el hombre con el que iba a cenar en unas horas.

Un golpe seco causado por su antiguo profesor tropezándose con un aparador la sacó de sus ensoñaciones.

—Dame cinco minutos y nos vamos.

Como si tuviera prisa por irse. De verdad, por ella, podían saltarse la parte del turismo... Estaba pensando eso cuando lo vio aparecer de nuevo y sus ojos se fueron directos a las chanclas con calcetines.

—¡Llorenç! ¿No pensarás ir así? —exclamó observándolo atónita de arriba abajo y sin poder contener una carcajada—. Pareces un guiri inglés.

—Disculpa, pero los legionarios romanos ya los usaban para proteger el pie del frío y de las rozaduras.

—Vale, vale... no hace falta que me des ahora una disertación sobre la Antigua Roma. ¿Seguro que quieres que te acompañe? —preguntó con la boca pequeña.

Cruzó los dedos para que le dijese que no importaba, que iría él solo. Por

desgracia, su compañero negó con la cabeza. Al contrario que a ella, a Llorenç le encantaba estar acompañado y era de los que nunca decía que no a un plan. Igualito que ella. Era tan despistado como sociable.

—Ni hablar, no vas a quedarte aquí sola, te vienes conmigo.

—En ese caso, marchémonos ya —se lamentó mientras abría la puerta. Giró la muñeca y vio lo tarde que era—. Y, a todo esto, ¿qué has estado haciendo para llegar a estas horas?

—Ah, eso, sí. —Se rascó la cabeza y sacó su característico reloj de bolsillo—. Sí que es tarde, vaya. Verás, he estado hablando con unos contactos del Ayuntamiento. Al parecer, muy cerca de Son Catlar, en Can Ribes, una finca privada, han descubierto unos terrenos en los que podría haber más viviendas talayóticas y una pequeña necrópolis de tumbas excavadas en la roca.

—¿En serio? ¡Eso es genial!

Él sacudió la cabeza.

—No tanto. Ya te he dicho que está en una finca PRI-VA-DA —puntualizó—. Habría que expropiar los terrenos y, por lo visto, pertenecen a una familia bastante respetada en la zona. No sé cómo terminará la cosa, pero, al menos, intentaremos excavar para verificar lo que hay en esas tierras.

—¿Intentarlo? ¡Estamos hablando de bienes de valor histórico y arqueológico!

—No es tan fácil, Inés, son personas muy influyentes. En fin, relajémonos y olvidémonos del trabajo por unas horas.

Por unas horas. Horas eran las que le faltaban a ella para su cita con Rodrigo. No sabía si podría relajarse.

Aquello estaba abarrotado. La música de la banda, que tocaba en un extremo de la plaza, se entremezclaba con los gritos y cánticos de la gente e Inés empezó a sentir un zumbido en los oídos.

«Joder, creo que me voy a marear», se lamentó.

Se agarró del brazo de Llorenç, tenía miedo de perderlo de vista entre tanta gente y trató de seguirle el paso. Hacía todavía más calor que aquella mañana. Cuando consiguió que su profesor se detuviera, aprovechó para sacar una botella de agua del bolso y dar un trago. Casi no podía moverse.

Llorenç bailoteó emocionado y ella le sonrió como pudo, disimulando, porque le sabía mal decirle que las estaba pasando canutas.

Los caballos empezaron a desfilan montados por los jinetes, que iban vestidos de manera idéntica, con camisa blanca, chaqueta y pajarita negra y sombrero del mismo color. Entre vítores y aplausos cabalgaban por la plaza y se ponían de manos para alborozo de todos los presentes, que intentaban acariciarlos a su paso.

Inés vio que se empezaban a acercar a ellos y comenzaron a sudarle las manos y a revolvérsele las tripas. Cuanto más se acercaban, más grandes le parecían los caballos rampantes, y lo único que quería era salir de ahí. Por lo visto, su deseo era el opuesto al de su acompañante, que la cogió de la mano, tiró de ella y la arrastró hacia los corceles.

Al fijar la vista en uno de los jinetes, se puso todavía más nerviosa. Ese mentón tan característico y esos profundos ojos verde aguamarina no podían ser de otra persona. A pesar de su tamaño, sus movimientos eran armónicos encima del caballo, tenía una gracia natural para montar que le hacía verse ágil y ligero. El pelo oscuro se le ondulaba a la altura de la nuca a causa del sudor. Con una sonrisa complaciente, posó sus ojos sobre ella, satisfecho de que al fin se hubiera decidido a acudir a las celebraciones.

Poco a poco, los caballos se fueron acercando, hasta desfilan a escasos centímetros de ellos, y justo cuando su caballo se encabritó y levantó las patas delanteras ante sus ojos, Inés sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas y que todo se ponía borroso. Dio un grito, sin poder evitarlo, y tuvo la certeza de que lo único que iba a hacer era poner más nervioso al animal. Trató de alejarse de él, pero dando un traspiés, se cayó al suelo.

Levantó la mirada para pedirle auxilio al *caixer* que lo montaba pues, aunque se le estaba nublando la visión tenía la certeza de que él era su mío Cid, su gavilán.

A su mente acudió una de las frases de Josephine March en *Mujercitas*.

—¡Rodrigo, Rodrigo, sálvame!

Capítulo 3

—¿Dónde estoy? —preguntó, frotándose los ojos y mirando a su alrededor.

—Habíamos quedado a cenar, ¿recuerdas? —le respondió una voz—, pero ante los, ejem, incidentes, he tenido que adelantar nuestra cita y traerte a mi finca.

—¿Rodrigo?

Inés se incorporó y echó un vistazo a su alrededor. Estaba sentada en un sofá de tres plazas de color beige que presidía un enorme salón de estilo rústico. Apoyado en una columna, Rodrigo la observaba divertido.

—Menuda has liado esta tarde, *Bones*.

—Deja de llamarme así —replicó molesta.

—¿Por qué? —Se acercó peligrosamente a ella y se sentó a su lado—. A mí me encantáis.

—¿Te encantamos? —inquirió confusa sin comprender a quiénes se refería. Quizás fuera cosa del golpe que se había dado al caerse en la plaza.

—Sí —la señaló—, tú y tus huesitos.

—Bah —le apartó de un manotazo—. No vas a sacar nada de mí con frasecitas de donjuán.

—¿Y qué tal con actos heroicos? Desde luego, lo de esta tarde lo ha sido.

Has sido la expectación de toda la plaza.

—Tampoco habrá sido para tanto —afirmó frotándose una parte de la cabeza que le dolía un poco y en la que probablemente iba a salirle un chichón.

—¿Que no? No me ha quedado otra opción que subirte a mi corcel y traerte de vuelta conmigo a mi castillo.

—Muy gracioso.

—Bueno, la realidad es que se ha parado la música, todos los caballos se han detenido y ha venido una ambulancia a atenderte, ¿te parece poco? Te has caído al suelo, tu amigo Llorenç se ha puesto un poco nervioso y hasta se ha planteado que te llevasen a Mahón para dejarte en observación en el hospital, pero como tú no querías y no has llegado a perder el conocimiento, he pensado que lo mejor sería traerte aquí conmigo y dejar que descansases. Aunque ha sido subirte al coche y te has quedado frita, ya me estaba poniendo nervioso. Llevas como una hora durmiendo —estimó, mirando el reloj—. No sé qué es lo que tienes, pero parece ser que, cuando se trata de ti, hago cosas de lo más insensatas, como meterme en una conversación ajena. Y, hablando de conversaciones —añadió—, creo que hay alguien que quiere hablar contigo.

Le mostró el móvil antes de dejarlo sobre una mesita baja que había al lado del sofá y vio que tenía unos cuantos mensajes y llamadas perdidas.

—Por lo visto, tu amigo se ha quedado preocupado por ti.

Le observó con detenimiento. ¿No creería que Llorenç y ella...? No, ¿verdad?

—Es un antiguo profesor de la facultad. Estoy trabajando en la excavación de Son Catlar gracias a él, nos llevamos muy bien, pero eso es... —interrumpió la frase al ver que él se estaba riendo. Resultaba extraño que aquello le pareciera tan divertido.

—Perdona, debería habértelo dicho, pero ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías?

Asintió con la cabeza.

—Lo siento mucho, pero cuando llegasteis ayer al restaurante yo estaba allí, sentado, cenando solo, me aburría y, me avergüenza reconocer que os estuve escuchando un rato. Me resultó curioso que estuvierais excavando justo en un yacimiento que se encuentra tan cerca de la finca familiar. Estaba ya a punto de irme cuando os trajeron la langosta y te oí. No puedo soportar que desprecien las tradiciones y costumbres de mi tierra y reconozco que escucharte decir que no te gustaba la caldereta me cabreó un poco.

—¿Un poco?

—Bueno... bastante... Es que lo dijiste así, sin más, sin dar ni un bocado. Es el plato por excelencia de la cocina menorquina, pero también de la de Ona, y reconozco que el hecho de que criticases algo cocinado por ella, sin ni siquiera probarlo, me hizo saltar.

—¿Ona? —No sería su novia, ¿verdad?

—Es el restaurante de mi hermana.

«Vaya. Menuda metedura de pata», razonó Inés.

No era de extrañar que se hubiera molestado con ella. Estaba casi a punto de disculparse cuando se detuvo. Había sido él el que se había metido en una conversación ajena. Entendía que el comentario le hubiera fastidiado, pero no podía enfadarse porque no le gustase un plato.

Rodrigo se puso en pie de nuevo, salió del salón y regresó con dos copas en la mano.

—Malvasía —dijo, tendiéndole una de ellas.

Inés la cogió y se la acercó a la nariz, aspirando sus aromas frutales y florales.

—No sé si el vino es lo más adecuado después de lo que me ha pasado —murmuró dando un sorbo y disfrutando de su sabor dulce y fresco.

—Pero sí lo es para empezar una cena, ¿no?

—Dime que no vas a cocinar caldereta —le imploró, poniéndole ojitos.

—Anda, sígueme a la cocina y pondré algo para picar —le tendió la mano que le quedaba libre y la ayudó a levantarse—, no sea que el alcohol se te

suba a la cabeza.

Ella se puso en pie y se soltó con rapidez, pues el roce de sus manos, ásperas y firmes, hacía que le temblasen las piernas. Asió el móvil y le hizo un gesto para indicarle que iba a llamar. Él asintió con la cabeza y desapareció detrás de la puerta. Le dio a la marcación rápida y esperó a que contestara.

—¿¡Inés!?! ¿Me tenías en un sinvivir! ¿Estás bien?

—Sí, Llorenç, no ha sido na...

—¿Que no ha sido nada? ¡Si te ha dado un síncope que casi me muero del susto! Ahora, que también te lo digo, menudo caballero andante te has buscado... La verdad, habéis montado un numerito la mar de interesante. Yo creo que algunos turistas extranjeros han pensado que era parte del espectáculo y todo: tú pidiendo auxilio, él deteniendo el caballo y corriendo a rescatarte —describió emocionado.

No pudo evitar soltar una carcajada ante su ilustrativa explicación.

—Pero, dime, ¿me prometes que no te encuentras mal?

—Seguro —lo tranquilizó—. Ha debido de darme demasiado el sol esta mañana en la excavación. Y luego la plaza abarrotada. Ya sabes lo mal que llevo las multitudes.

—Sí, sí, sí... —la cortó—, vamos a lo importante. Estás acompañada, ¿verdad? No querría que te quedases sola y te diera algo.

Se le escapó otra risita. Llorenç no podía ser más transparente.

—Nos vemos mañana en el poblado —le respondió, cambiando de tema de un modo nada sutil.

—No, no, mañana no estaré en la excavación, tengo que ir a ver esos terrenos de los que te he hablado con unos técnicos del Ayuntamiento.

—Fenomenal, pues por la tarde nos vemos y me cuentas si tenemos alguna posibilidad.

Tras intercambiar un par de frases más, le colgó el teléfono, se lo guardó en el bolsillo y, de un trago, apuró la copa para ir a buscar a Rodrigo en la

cocina.

Cuando Inés se asomó a la estancia, le sorprendió un aroma a canela. ¡Vaya! Y ella que esperaba que estuviera perfumada con olor a pescado. Era una cocina amplia, de estilo rústico, muebles de madera y que tenía una enorme isla en el centro, perfecta para cocinar. Rodrigo estaba de espaldas a ella, inclinado sobre la bancada, troceando algo. En el fuego había una pequeña cacerola de aluminio en la que hervían unas ramitas de canela.

—Huele muy bien —dijo, aspirando la suave y dulce fragancia.

Él se giró, dejó el cuchillo a un lado y se acercó a ella. Inés se estremeció de pies a cabeza cuando él se quedó a apenas unos centímetros de distancia y le puso la mano en la cintura, obligándola a seguirle al interior de la habitación. Luego, le quitó la copa, la dejó sobre la encimera, le puso la otra mano sobre la cintura y, en un rápido gesto, la cogió en volandas y la sentó en el banco de la cocina.

Inés contuvo la respiración al ver que no la soltaba. Sus manos se mantuvieron firmes sobre su cuerpo y solo las apartó para deslizarlas con delicadeza primero por sus caderas y luego por sus muslos, hasta detenerse al llegar a las rodillas.

«Estoy empezando a acalorarme y no es por el vino», se dijo Inés.

Él le separó las piernas y se colocó entre ellas. Joder, era tan grande que quedaba frente a ella a la altura perfecta. Podría decir que no se estaba excitando, pero sería mentir descaradamente. Él le apartó un mechón de pelo de la cara y lo colocó detrás de su oreja.

—¿Qué pretendes? —inquirió, tratando de ocultar lo mucho que le gustaba lo que estaba haciendo.

—Ya lo sabes, *Bones* —replicó Rodrigo con un tono de voz que dejaba entrever mucho más de lo que decía—. Demostrarte que estás equivocada.

—¿Solo eso?

—De momento, empezaré por cocinarte una caldereta a la que no podrás resistirte. Pero, antes, otra copa de malvasía.

Capítulo 4

Inés estaba apurando la segunda copa de malvasía cuando Rodrigo le acercó un plato con pan, uvas y queso de Mahón. Luego él se colocó una chaquetilla de cocina negra y le ofreció otra.

—Para que luego no te quejes de que te huele la ropa.

—Muy detallista, aunque dudo mucho que pueda evitar que me huela el pelo.

—Eso podemos resolverlo después... —murmuró al tiempo que cogía una uva, un trozo de queso y un pedazo de pan y se los acercaba a la boca.

Ella la abrió para catar lo que le ofrecía y, sin querer, le rozó los dedos con los labios, haciendo que un cosquilleo le recorriese la parte inferior del vientre —¿Sabes lo que dicen de las uvas, el pan y el queso? —inquirió mientras ella le miraba fijamente y paladeaba el sabor suave y ligeramente salado y ácido del semicurado.

Antes de que hubiera tenido tiempo para responder, Rodrigo acercó su cara a la suya y se detuvo a apenas unos centímetros. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento sobre ella.

—Que saben a beso —gruñó con voz ronca antes de presionar los labios contra los suyos, rozándolos con suavidad.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, su cuerpo respondió por ella. Entreabrió los labios y enredó la lengua con la suya dejándose llevar, sin

pensar en otra cosa que no fuera el placer que le provocaba. Se aferró a su cuello, acercándolo más a ella, pidiéndole más, deseando que el beso no acabase nunca, pero él se separó despacio, despegándose de su boca.

—¿En serio vas a dejarme así?

—Seguiremos después de que hayas probado mi caldereta —anunció, guasón, alejándose y disponiéndose a empezar a cocinar.

Rodrigo sonrió satisfecho, de espaldas a ella; parecía que le gustaba a Inés. Ahora solo faltaba que le gustase también su receta. No iba a aceptar un no por respuesta.

Bajo la atenta mirada de Inés, empezó a preparar el plato siguiendo la receta de su hermana al pie de la letra. No podía fallar.

Terminó de picar las verduras: puerro, cebolla, pimiento y tomate. Después, colocó una cazuela de barro en el fuego, echó el aceite y sofrió los medallones de langosta que ya había cortado con anterioridad.

—Pareces todo un profesional —comentó Inés, sorprendida al ver la soltura con la que se movía en la cocina—. ¿Es cosa de familia?

—Mi hermana es la experta —respondió él mientras salteaba la langosta—, yo solo soy un aficionado, lo mío son los campos.

—¿A qué te dedicas?

—Soy ingeniero agrónomo —replicó mientras sacaba los medallones y los reservaba en una fuente. Luego, agregó las cabezas de langosta a la cazuela, sofriéndolas junto con los ajos y con la verdura, para después añadir el fumet—. Esto tiene que cocer un rato. Si te parece, podemos salir al porche a tomar otra copa, no quiero que empieces a quejarte por el olor.

Inés no estaba convencida de que beber más vino fuera una buena idea, pero ni por asomo quería que el olor del caldo de pescado y todo lo demás le apestasen la ropa y el pelo. Se cogió un mechón con la mano y lo olfateó, para cachondeo de su acompañante.

—Lo siento mucho, *Bones*, pero me temo que hoy no te vas a librar del perfume.

Ella suspiró, resignada.

Se sentaron en un sillón de ratán y dejaron las copas y la botella medio vacía de malvasía que Rodrigo había sacado con él sobre una mesita baja. Inés entrecerró los ojos, tratando de vislumbrar los campos que había alrededor de la terraza, pero estaba demasiado oscuro y tan solo el sendero que llevaba hasta la casa estaba iluminado.

—Mañana te enseñaré Can Ribes.

—¿Can Ribes? —Inés le miró, confusa. ¿No era ese el nombre de las tierras que Llorenç y el Ayuntamiento estaban intentando expropiar?

—Así se llama la finca familiar, creía que te lo había dicho.

Ella se quedó pensativa y un tanto intranquila. Le sonaba el nombre, pero quizás se estaba confundiendo, quizás se lo había escuchado nombrar a él y no a Llorenç. Al fin y al cabo, había sido un día muy ajetreado: le había dado una insolación, casi había perdido el conocimiento y estaba bebiendo más vino del que estaba acostumbrada a tomar.

—¿Otra? —inquirió él mostrándole la botella.

¿Y por qué no? El alcohol la ayudaría a apartar de su mente esos incómodos pensamientos que le decían que las tierras que iban a intentar expropiar pertenecían a la finca familiar de la que tan orgulloso hablaba Rodrigo.

Lo cierto es que ella estaba convencida de que, si ahí había bienes de interés cultural, debían excavar los terrenos, pero no podía evitar sentirse ligeramente culpable. Apenas conocía a Rodrigo, pero le gustaba y sabía que, si la tierra que querían excavar era la suya, esa amistad, o lo que quiera que fuese que había surgido entre los dos, no iba a terminar bien.

No sabía qué era lo que más le disgustaba: enfadar al caballero andante que la había salvado aquella tarde o perder la oportunidad de encontrar algún hallazgo arqueológico importante.

Dejó que le rellenase la copa. Joder, qué bueno estaba aquel vino. Y qué bien entraba.

—Te enseñaré también la bodega —continuó él—, me parece que el vino te gusta más que el marisco —añadió con sorna.

—Así que, ¿sois viticultores?

Rodrigo asintió con la cabeza al tiempo que él también daba buena cuenta de la fresca bebida.

—Can Ribes no es solo una bodega, es un proyecto de vida en el que mi familia lleva trabajando ya tres generaciones. Fue mi abuelo quien plantó las primeras viñas en los años cincuenta, comenzó haciendo vino para la familia y los amigos, poco a poco fue plantando más variedades de uva y se abrió la bodega tal y como hoy la conocemos.

«Así que la finca es un legado familiar», reflexionó Inés, cruzando los dedos para que no fuese la misma de la que le había hablado su antiguo profesor de Historia.

—No solo hacemos vino, sino que nos gusta promover la Menorca rural y su estilo de vida. Le mostramos a los visitantes la finca, la bodega y terminamos la ruta con una cata. En tu caso, *Bones*, si quieres podemos hacer una visita privada mañana.

—¿No vas demasiado deprisa, vaquero? —le interpeló ella—. Y, ¿piensas llamarme por mi nombre en algún momento?

Él la miró pensativo para después negar con la cabeza.

—Creo que no, *Bones* resulta mucho más sexy —afirmó mientras se aproximaba peligrosamente a ella.

Le quitó la copa de la mano y la dejó sobre la mesa. Inés hizo ademán de apartarse, pero él le sujetó la cara por las mejillas en un gesto tan tierno como erótico y se acercó un poco más.

La noche era cálida y ella percibió el fuego en sus manos, haciendo que se encendiera todavía más. Rodrigo olía a una mezcla de sudor y colonia que la excitó sobre manera. Un aroma intenso y contundente, una combinación de fragancias; el perfume olía a anís y a grosella, con toques de vainilla, y se entremezclaba con un profundo olor a hombre que la puso a mil.

—Aún nos quedan diez minutos mientras el caldo termina de hacerse. ¿Por qué no los aprovechamos? —le demandó con voz gutural antes de lanzarse sobre sus labios.

Diez minutos más tarde se separaron. Rodrigo entró corriendo a la cocina para apagar el fuego e Inés se incorporó despacio. Tenía los labios enrojecidos y le ardían las mejillas después de aquel beso.

Se acordaba de los besos interminables de cuando no era más que una adolescente. Esos besos que eran el primer acercamiento entre dos personas. Esos besos profundos en donde se encerraban deseo y pasión. Casi los había olvidado. Casi. Pero lo cierto era que, desde el primer momento en el que había visto a Rodrigo, algo se había removido en su interior que la había hecho sentirse como una quinceañera. Una quinceañera viviendo su primer amor de verano.

Lo siguió al interior. Después de ese momento de intimidad entre ambos, decidió que valía la pena soportar el aroma que ya invadía la cocina, siempre y cuando eso le permitiera estar cerca de Rodrigo.

Rodrigo había sacado el contenido de la cazuela, lo había triturado y lo estaba pasando por un colador para que quedase una crema fina. A continuación, colocó los medallones de langosta al fuego.

—Atenta, *Bones*, viene lo mejor —le advirtió antes de rociarlos con Brandy para flambearlos. Luego vertió el caldo de nuevo y lo dejó cocer a fuego lento.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Inés.

—Solo me queda preparar el majado. Mientras lo hago, podemos seguir con el aperitivo y tomar un poco más de ese pan con uvas y queso...

—Que saben a beso —terminó por él la frase con una sonrisa lasciva.

Capítulo 5

Inés dejó los cubiertos en el plato y se limpió la comisura de los labios con la servilleta. Obviando el hecho de que el olor a pescado y marisco seguía desagradándole, no podía negar que la caldereta estaba buena. En realidad, si era sincera consigo misma, le había parecido deliciosa. Al menos su blusa no apestaba, gracias a la chaquetilla que Rodrigo le había prestado, aunque no podía decir lo mismo de su pelo.

—¿Y bien? —Rodrigo enarcó una ceja a la espera de escuchar su parecer.

—Has conseguido tu propósito —admitió—. Siento mucho no haber probado la caldereta de tu hermana —se disculpó compungida—. Si a ti te ha salido así, no me quiero imaginar cómo estaba la suya —añadió, tapándose la cara con las manos, avergonzada, por no haber querido ni dar un bocado.

Él la miró satisfecho. Había logrado su objetivo y ahora... ahora tenía otro mucho más placentero en mente. En verdad, Inés no solo le atraía físicamente, sino que le gustaba ese carácter tan particular de ella, tan diferente al suyo. Además, la química entre ellos era palpable, lo había sido desde el momento en el que habían cruzado sus miradas. No es que el fuera un hombre de relaciones largas y estables, pero, al fin y al cabo, ella pasaría tan solo unos meses en la isla y después se marcharía de nuevo a Valencia o a otra excavación, así que no tenía de qué preocuparse. Podían pasarlo bien.

«Será un bonito verano», se dijo.

Se puso en pie y se acercó a ella para retirar el plato, pero en vez de eso,

incapaz de reprimir sus instintos, la tomó de la mano y la apremió para que se levantase. Con la mano que le quedaba libre cogió la segunda botella de malvasía que habían abierto. En ese instante, era incapaz de pensar con claridad. Lo único que deseaba era tomarla entre sus brazos y volver a saborear sus labios, así que tiró de ella con suavidad y la llevó hasta el sofá del salón donde había estado descansando antes. Inés se recostó sobre él, permitiendo que Rodrigo se inclinase sobre ella para besarla al tiempo que dejaba el vino sobre la mesa.

Enredó una mano en su pelo mientras sus lenguas se rozaban con intensidad, excitándola como pocas veces lo había estado. El peso de su cuerpo sobre ella hizo que emitiera un gemido de placer. Rodrigo empezó a desabrocharle los botones sin separarse de su boca. Llevaba imaginándose ese momento desde que Inés se había encarado a él en el restaurante y estaba resultando ser mucho mejor de lo que había fantaseado.

En un hábil gesto, le quitó la blusa y la tiró al suelo, dejando al descubierto sus menudos pechos, firmes y redondos. Inés se revolvió inquieta al sentir como Rodrigo se abalanzaba sobre ellos para pellizcarlos con sus hábiles dedos, retorciéndolos con suavidad y haciendo que ella arquease la espalda de placer y separase su boca de la suya para gemir.

—Joder, Rodri... —consiguió proferir antes de perderse entre jadeos.

—¿Qué quieres, *Bones*? —resolló mientras abandonaba sus labios para deleitarse con sus senos.

—Quiero... quiero...

Lo apartó de ella y se incorporó un poco. Era imposible pensar si seguía haciendo eso. Le gustaba demasiado. La excitaba demasiado. ¡Pero si había tenido miedo hasta de correrse! Se puso de rodillas sobre el sofá, tratando de ser ella la que llevase la voz cantante, porque algo estaba claro y era que, si Rodrigo seguía haciendo de las suyas, no iba a poder aguantar mucho más.

Le desabrochó la camisa despacio bajo la atenta y desvergonzada mirada de él.

—Así estamos en igualdad de condiciones —murmuró ella mientras Rodrigo se dejaba hacer, complacido.

Muy lentamente, le bajó la cremallera de los vaqueros, saboreando el momento. Rodrigo se puso en pie y se bajó los pantalones. Inés tenía serias dudas de haber visto a alguien hacerlo de un modo más sugerente.

—Me temo que vas a tener que subir tu apuesta, *Bones* —anunció y, antes de que ella pudiera quitarse nada, se acercó y le arrancó las bragas con vehemencia, le subió la falda y la dejó tumbada en el sofá, expuesta ante él.

Inés sintió como sus partes más íntimas ardían de deseo tan solo de sentir sus centelleantes ojos fijos en ella. ¡Joder, si ni siquiera la había tocado! Entonces Rodrigo se acercó para besarla una vez más, al mismo tiempo que le separaba las piernas y la acariciaba con destreza. Inés sentía que no iba a poder soportarlo cuando él se apartó, estiró una mano para coger la botella de vino y vertió un poco del duce líquido en su boca, para luego lanzarse sobre ella y paladearlo con calma. La besó despacio, deteniéndose en cada rincón de su boca y saboreando el rastro de malvasía sin dejar de acariciarla. Cuando se separó de ella, no pudo evitar que el bulto que tenía entre las piernas creciera todavía más. Inés le miraba con los labios entreabiertos, entre jadeos, suplicante.

No quiso hacerla esperar más. Tampoco habría podido. Ya no podía aguantar más, así que se quitó el calzoncillo con rapidez y se colocó junto a ella. Inés tomó el mando de nuevo y le apremió para que se colocase un preservativo y después se sentó a horcajadas sobre él, dejando que su miembro la penetrase. Ahogó un grito de placer y rodeó el cuello de Rodrigo con sus brazos. Él la sostuvo por la cintura mientras ella se movía con armonía sobre él. Sus lenguas se enredaron de nuevo, al tiempo que sus cuerpos se volvían uno. Encajaban a la perfección el uno con el otro, él con su ancho torso y fuertes brazos, y ella tan menuda y grácil. Los movimientos, al principio lentos y suaves de Inés, se fueron transformando en embestidas fuertes y enérgicas de Rodrigo que hicieron que un hormiguelo recorriera el cuerpo de la historiadora, terminando en un gran estallido de placer para ambos que, entre espasmos y gemidos, se dejaron llevar. Se aferraron el uno al otro para alargar lo máximo posible ese clímax hasta que Inés se dejó caer, rendida, sobre él.

Permanecieron abrazados, respirando entrecortadamente, acariciándose el uno al otro, mirándose con dulzura y prolongando ese momento de intimidad

hasta convertirlo en algo que era más que sexo. Mucho más. Aunque ellos no lo supieran.

Se quedaron así, abrazados, un buen rato, hasta que Rodrigo cogió un mechón de pelo de Inés y lo olisqueó, divertido, comprobando que, efectivamente, tenía un sutil aroma a pescado.

—Me parece que tenías razón con respecto a esto, *Bones* —murmuró guasón—. ¿Quieres que nos demos una ducha? Tengo un champú con olor a vainilla, coco y leche de almendras que no podrás rechazar.

En ese momento, los olores a pescado y fritanga eran lo que menos le importaba, pero solo de imaginar las fuertes manos de Rodrigo masajeándole la cabeza y el agua cayendo sobre sus dos cuerpos desnudos, tuvo clara la respuesta, así que esbozó una sensual sonrisa antes de asentir con la cabeza.

A la mañana siguiente, Inés se despertó con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que se le esfumó por completo al ver que tenía un mensaje en el móvil de Llorenç. Mensaje que confirmaba sus peores presagios. ¡Mierda! Se había aferrado al hecho de que se había equivocado de nombre, de que no era Can Ribes la finca en la que se encontraban los terrenos con viviendas talayóticas y una pequeña necrópolis de tumbas, y se había equivocado de pleno.

¿Qué iba a decirle a Rodrigo? No sabía cuál sería su reacción, pero, desde luego, con el carácter tan impetuoso que tenía, no podía ser buena.

Se giró hacia él, que dormía plácidamente junto a ella. Tan solo llevaba puestos unos *boxers* negros y se quedó ensimismada admirando sus anchos hombros. ¡Joder!, ¿por qué había tenido que tener tan mala suerte? Puede que el Ayuntamiento no consiguiera expropiarle las tierras, pero, si algo tenía claro, es que no iban a permitirle seguir trabajando esos terrenos, por lo que, fuera como fuese, no iba a gustarle. Por un momento se planteó que lo mejor sería vestirse y marcharse de allí antes de que él despertara.

Pero, como si pudiera leerle la mente, Rodrigo abrió los ojos, estiró un brazo y la atrajo hacia él.

—No pensarías irte, ¿no, *Bones*? —le susurró, estrechándola entre sus brazos—. Me dijiste que hoy no trabajabas, así que pensaba que podíamos pasar el día juntos.

Inés le observó, dubitativa. No quería separarse de él y era incapaz de rechazar un plan como aquel. Resultaba demasiado apetecible. Aunque ni por asomo quería cruzarse con su profesor y este le había confirmado que iba a ir a inspeccionar los terrenos. Si Rodrigo lo veía junto con los técnicos del Ayuntamiento en su finca, sería fatal. Eso lo echaría todo a perder. Tenía que encontrar el modo de explicárselo todo antes.

—Claro que no —mintió con descaro—. Solo estaba mirando el móvil.

—Y, ¿todo bien?

—Sí, sí. Estaba pensando que me gustaría ir primero al apartamento a cambiarme... ¿qué te parece si pasamos el día visitando la isla? Lo cierto es que no he hecho nada de turismo desde que llegué a Menorca. Seguro que conoces algún lugar especial... podemos ver Can Ribes otro día.

—Y yo que pensaba pasarme el día contigo en esta cama —se lamentó mientras le apartaba el pelo del cuello y empezaba a recorrerlo con sus labios, haciendo que Inés casi se replanteara lo que acababa de decirle.

—Anda, Rodri —le rogó con voz de niña pequeña.

—Está bien —accedió de mala gana—. Entonces será mejor que nos pongamos en marcha. Ya sé dónde voy a llevarte —añadió, misterioso—, y tardaremos un rato en llegar. Ya me resarciré más tarde.

Veinte minutos más tarde, se subieron al Mehari, salieron de la finca y, a los pocos metros, se cruzaron con un Golf azul marino que Inés reconoció al instante. No pudo leer la matrícula ni ver quién iba al volante, pero estaba segura de que era el coche que Llorenç y ella habían alquilado al llegar a la isla. Contuvo la respiración, rezando para que Rodrigo no se fijase en él ni en hacia dónde se dirigía.

No estaba segura de cómo iba a contárselo a Rodrigo. Entonces, recordó

una frase de Audrey Hepburn, su actriz favorita: «Creo en ser fuerte cuando todo parece ir mal. Creo en que mañana será otro día y creo en los milagros».

Se aferró a aquellas palabras.

Hoy disfrutaría del día y mañana... mañana ya se vería.

Capítulo 6

Después de pasar por el apartamento para que Inés se cambiase de ropa y cogiera algunas cosas, se dirigieron hacia el aparcamiento de Cala Mitjana, donde dejaron el vehículo, cargaron los trastos y empezaron el paseo. Después de una caminata de casi una hora por tortuosos caminos y sendas, Inés y Rodrigo salieron de un espeso bosque de pinos para llegar a una pequeña y recóndita cala que se encontraba al sur de la isla.

—Bienvenida a Cala Fuster.

Inés recorrió la pequeña playa con la mirada y comprobó, aliviada, que no había nadie más allí.

—Gracias, no hubiera soportado estar en una de esas calas abarrotadas de gente.

—Tranquila, *Bones*, ya comprobé ayer que las aglomeraciones no son lo tuyo —la tranquilizó—. Puede que lleguen algunas personas más, pero, desde luego, no se llenará como otras playas.

La cala estaba rodeada de vegetación y el Mediterráneo se abría paso en ella entre unos acantilados a media altura que la protegían de los fuertes vientos. El color del mar, verde aguamarina, le recordó a Inés a los ojos de Rodrigo. Gran parte de la arena estaba cubierta de posidonia y a Inés le encantó lo tranquilo que era el lugar. El sol pegaba con fuerza, así que sacó el protector para untarse de arriba abajo, no quería quemarse. Comprobó su móvil con discreción mientras sacaba la toalla para colocarla sobre la arena y

se encontró con la grata sorpresa de que no tenía cobertura. Bien, no tenía ninguna prisa por tener noticias de Llorenç.

Pensaba disfrutar el día.

Y, para empezar, se tumbó sobre la toalla, se desabrochó la parte superior del bikini y dejó que las fuertes manos de su acompañante esparcieran la crema solar por su espalda.

Rodrigo miró embelesado a Inés, no podía creerse la suerte que había tenido. ¿Quién le hubiera dicho que gracias a una absurda discusión por una langosta iba a conocer a una chica como ella? Se deleitó untándole la crema sobre su suave piel. Se detuvo en lugares estratégicos y se tomó su tiempo en ponerle la crema cuando llegó a la parte más baja de la espalda. Se paró para mirarla con calma; le resultaba curioso lo opuestos que eran físicamente: ella, con esa piel blanca que comenzaba a estar ligeramente dorada, y él, con esa tez morena de pasar gran parte del día al sol en la finca; por no hablar de su tamaño: Inés parecía aún más menuda cuando estaba a su lado, pero no era algo que le importase, al contrario, su estatura le permitía estrecharla a la perfección entre sus brazos. La noche anterior le había sorprendido, ni en sus mejores sueños hubiera imaginado que ella tomara la iniciativa como lo había hecho y lo cierto era que nunca había disfrutado tanto del sexo como con ella.

Sus manos seguían paralizadas justo arriba de sus nalgas cuando se dio cuenta de que ya no le quedaba crema. Debería retirarlas, debería...

Joder, se estaba poniendo cachondo.

Bajó la mirada al bulto que se le marcaba en el bañador y agradeció haber escogido esa playa y no ninguna otra para pasar el día. Por suerte, estaba desierta.

—¿Ya está? —Inés se giró hacia él, ajena a los pensamientos calenturientos de Rodrigo, pero se dio cuenta enseguida al ver cómo sus ojos centelleantes estaban fijos en ella.

—Sí —respondió sin mover sus manos ni un centímetro.

Ella soltó una carcajada y sintió mariposas en el estómago. Le encantaba el modo en que la miraba, la hacía sentirse deseada como pocas veces se había sentido. Así que se dio la vuelta y dejó que la parte superior del bikini,

que llevaba desabrochada, se quedase sobre la toalla.

Rodrigo se acercó a ella, bajando la mirada hacia su pecho con descaro.

—Vaya, vaya, *Bones*, ¿con que esas tenemos?

Iba a tener que darle las gracias a Ona y a su caldereta, pensó, mientras se abalanzaba sobre ella para besarla.

A mediodía, Rodrigo sacó unos bocadillos de sobrasada, un queso de Mahon, unas cocas saladas y unas piezas de fruta de una bolsa térmica.

—No te podrán decir que no eres un buen embajador de tu tierra —le espetó Inés entre risas.

Él se encogió de hombros y sacó una botella de vino de otra bolsa.

—Ayer me pareció que te gustaba la malvasía, así que, ¿por qué no repetir?

—No te negaré que me encantó. ¿Es de tu bodega?

Rodrigo asintió, orgulloso.

—¿A qué te dedicas exactamente? Como ingeniero, me refiero.

—Me ocupo de dirigir la explotación vinícola, es decir, planifico los cultivos. Lo que hago es elegir las variedades que se van a sembrar, el riego que les conviene... también estudio cómo mejorar las cosechas, gestiono las instalaciones de la bodega y comercializo los productos.

—Pero... —Inés se rascó la cabeza, pensativa. Quería averiguar si era él quien lo dirigía todo o si eran sus padres quienes realmente llevaban la empresa—, ¿tú eres quien dirige todo el negocio?

—*Bones*, tienes ante ti al amo y señor de can Ribes —bromeó.

Vaya, aquello le sorprendió. Aunque se notaba que Rodrigo era mayor que ella, le había echado veintitantos, pero, aun así, le parecía muy joven para llevar él solo todo el peso que una bodega como la suya debía suponer. Quizás era mayor de lo que había imaginado.

—No me mires así —la interrumpió, adivinando lo que pensaba—, solo tengo veintiocho años, apuesto a que solo unos pocos más que tú, ¿me equivoco? Lo que ocurre es que mi padre se jubiló hace un año y no quiso dejar a alguien que no fuera de la familia al frente de la empresa, así que me tocó aceptar el cargo. Por suerte, aunque no trabaja de manera oficial, puedo contar con él y sus sabios consejos siempre que lo necesito.

Inés se preguntó qué opinaría el patriarca de los Ribes de que quisiesen montar una excavación arqueológica en sus tierras. A buen seguro, su opinión sería bastante parecida a la de su hijo. Eso la hizo estremecerse.

Al ver que temblaba, Rodrigo se acercó a ella, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él para darle calor.

—¿Te encuentras bien?

—Más que bien, solo ha sido la brisa del mar, que ha hecho que me entrase un escalofrío.

—Bebamos entonces, te hará entrar en calor.

—Se me ocurre otra cosa que me haría entrar en calor.

—Caramba con la señorita arqueóloga, ¿quién hubiera dicho que eras tan juguetona?

Pasaron el resto de la tarde entre besos, baños y juegos en la arena y, cuando se despidieron al anochecer, Inés casi había conseguido apartar de su mente todos esos pensamientos que la incomodaban. Y, como su antiguo profesor le dijo al verla que el asunto tardaría en resolverse, los dejó arrinconados en una esquina de su conciencia.

Capítulo 7

Una tarde, al volver a casa, Inés se encontró a Llorenç sentado en el salón estudiando unos documentos. Fue en ese momento cuando supo que aquella excavación iba a tirar para adelante y que debía decírselo a Rodrigo si quería que lo que había entre ellos no terminase tan rápido como había comenzado.

Desde aquella noche en que le había preparado la caldereta, se habían vuelto inseparables y habían pasado juntos casi cada momento libre que habían tenido. Había dejado escapar una decena de ocasiones perfectas para decírselo, se sentía mal por habérselo ocultado, pero se dijo a sí misma que lo arreglaría. Al día siguiente, cuando terminase su turno en la excavación, iría a verlo y lo arreglaría todo. Le explicaría lo importante que eran esos hallazgos, le haría comprender por qué debía dejarles excavar en sus terrenos. Rodrigo era impetuoso y un gran defensor de todo lo relacionado con su tierra, *tenía* que entenderlo. Si tanto le importaba su isla, no querría sacrificar unos bienes culturales como aquellos por plantar más viñedos. La finca funcionaba a las mil maravillas, no iba a suponerle nada y, en cambio, los descubrimientos históricos y arqueológicos que podrían hallar allí eran incalculables.

Con ese firme propósito, aquella noche logró conciliar el sueño, sin saber que, por muy buenas que fueran sus intenciones, ya no iban a servir de nada.

Inés y Llorenç estaban pasando por debajo del dintel de la muralla del

poblado cuando ella lo vio. Se detuvo en el mismo lugar en el que lo había hecho la primera vez que había ido a verla, pero en esa ocasión, por el ceño fruncido y el gesto torcido de su boca, se percató de que su gavilán parecía más bien el villano de la telenovela que uno de los galanes. No sabía cómo lo había hecho, pero estaba convencida de que Rodrigo lo había averiguado todo. Se le veía en la cara.

Justo cuando ella se había decidido a contárselo, alguien se le había adelantado. En ese instante, supo lo difícil que iba a ser que la perdonase por habérselo ocultado. La había cagado. ¡Mierda!

—¡Ya podéis ir despidiéndoos de excavar en can Ribes! —bramó, furioso, confirmándole sus temores—. ¿Os creéis que podéis venir a mi isla y robarme mis tierras? Pero ¿qué os habéis pensado? Y tú —se encaró con ella, todavía más furibundo—, tú... tú ya lo sabías, ¿verdad? Por eso aquel día quisiste que lo pasásemos fuera de Can Ribes, para que no descubriera lo que os traíais entre manos. Para que este —señaló de malos modos a Llorenç— y los incompetentes del Ayuntamiento pudieran campar a sus anchas por mi finca y examinarla sin mi permiso. Fue por eso, ¿no es así?

—Rodri, yo...

—Ni Rodri ni nada. ¿Tú lo sabías o no? —le espetó rabioso.

—Llorenç me había comentado algo de unas tierras en las que podía haber viviendas talayóticas y una necrópolis con gran valor histórico y arqueológico...

—Venga, no me jodas, Inés. No te hagas ahora la inocente.

Que no la llamase por el apodo con el que la había bautizado le hizo saber que aquello no iba a ser un enfado pasajero. Rodrigo no iba a perdonarla con tanta facilidad y, sin saber el motivo, en vez de tratar de razonar y explicarle con calma su postura, se enfrentó a él del peor modo posible, estropeando aún más las cosas.

—¿Y qué si lo sabía?! ¡Estamos hablando de bienes de interés cultural! Esto es algo que está por encima de tus campos y tu bodega.

—¡En esa bodega hemos trabajado tres generaciones de Ribes!

—¿Quieres que te explique yo lo que son tres generaciones en comparación con unos restos de la época de la Prehistoria? —le replicó de un modo insultante.

Llorenç se acercó a ellos con la intención de mediar, de explicarle la situación a Rodrigo. Si desde un principio hubiera sabido que esos terrenos le pertenecían a él, habría llevado el asunto de otro modo. Habría hablado con él primero antes de ir a inspeccionar los terrenos con los técnicos del Ayuntamiento, lo habría gestionado todo de otra forma. Por desgracia, no pudo aclarar nada con él, porque se dio la vuelta, dejándolo con la palabra en la boca, y se dirigió hacia su coche entre aspavientos.

Arrancó el Mehari y salió de allí dejando una nube de polvo a su paso y a una Inés hundida.

Una lágrima se le escapó. Joder, tampoco entendía por qué le importaba tanto. Rodrigo solo era un rollo de verano, no tenían una relación seria ni nada parecido. No iba a dejar que la afectase. ¿Que se había hecho ilusiones? Pues sí. ¿Que hacía tiempo que no se sentía tan a gusto con alguien? También. Pero lo tenía claro: lo importante era su trabajo, la tesis y las excavaciones. Hasta ese momento no había dejado que ningún hombre la distrajese y no iba a empezar ahora. No era culpa suya que esas viviendas estuvieran en su finca. No estaba segura de que pudieran expropiarle las tierras, pero no pensaba permitir que ni una cerámica ni un diminuto hueso corrieran ningún riesgo por plantar más vides. Puede que ella no pudiera excavar en esos terrenos, pero de momento, él tampoco iba a cultivar nada ahí mientras no tuvieran claro los tesoros que allí podía haber.

Por ahí no pasaba.

Y, dicho esto, se echó a llorar, desconsolada.

Rodrigo condujo hasta la finca con una imprudencia que no era propia de él. Tenía que relajarse y tenía que pensar con claridad. Desde que su padre se había jubilado, él había llevado el mando de la bodega, se había enfrentado a situaciones complicadas, pero hasta ahora a ninguna como esta. Se sirvió una

copa de vino y se sentó en el porche para estudiar los informes que le habían entregado los técnicos del Ayuntamiento aquella mañana, justo antes de que hubiera salido colérico hacia Son Catlar.

Trató de pensar con frialdad, pero no le resultaba posible. Sentado en el sofá de la terraza, no pudo evitar recordar el beso que Inés y él habían intercambiado el sábado en el que le preparó la caldereta de langosta.

¿Por qué tenía que venirle a la mente ese beso? Como si no hubiera besado a otras mujeres antes que a ella. A unas cuantas. No entendía por qué le removía tanto por dentro. Era un puñetero beso.

Un jodido beso.

Un jodido beso que no podía sacarse de la cabeza.

Se bebió la copa y trató de concentrarse. A ver qué era lo que decían los malditos informes... no quería sacrificar ni un palmo de los viñedos. Hablaría con quien hiciera falta. Esas tierras pertenecían a su familia, y a ellos iban a seguir perteneciendo. Costase lo que costase.

Y puede que fuera a costarle algo más que un amor de verano.

Capítulo 8

Los días siguientes fueron un suplicio para Inés. El trabajo en la excavación había empezado a convertirse en algo monótono porque no encontraban nada interesante. Era como si todo lo que alguna vez hubiera tenido valor en ese poblado ya hubiese sido descubierto en anteriores exploraciones. Sentirse como un mero peón la cabreaba. Más, sabiendo que no muy lejos de allí había unos terrenos en los que nadie había excavado y en los que, de momento, tenía más que prohibida la entrada.

Eso la cabreaba, sí, pero el hecho de que Rodrigo no la hubiera dejado explicarse le molestaba todavía más. Los días que habían pasado juntos habían sido sencillamente perfectos. Se entendían a la perfección, se reían juntos, lo pasaban bien y la química que había entre ellos era palpable. Se había sentido tan feliz, tan llena de energía... Ahora, en cambio, sentía que nada la ilusionaba.

Llorenç seguía trabajando para conseguir los permisos necesarios para que, al menos, los terrenos en los que habían detectado elementos prehistóricos se mantuvieran intactos hasta que se decidiera qué hacer con ellos. Por lo visto, desde la bodega habían dejado patente que su posición era firme y que, si hacía falta, acudirían a la justicia para pelear por lo que era suyo. Por otro lado, el Ayuntamiento, junto con la Concejalía de cultura y la fundación que les financiaba la expedición, estaban decididos a pelear para expropiar las tierras. Estaba claro que iba a ser un proceso largo y duro.

El verano terminaría, Inés regresaría a Valencia a continuar con su tesis

doctoral y Rodrigo no sería más que un recuerdo.

Se preguntó, mosqueada consigo misma, por qué eso último era lo que más le molestaba de todo. No había vuelto a saber de él desde aquel día y dudaba que fuera a verlo de nuevo antes de irse. Debía olvidarse de él cuanto antes.

Sin embargo, por algún extraño motivo, no podía sacárselo de la cabeza.

Llorenç era muy consciente del cambio que había dado su pupila y, pese a que lo más importante para él era la excavación, se sentía mal por ella. Rodrigo parecía un buen tipo y saltaba a la vista que lo que había surgido entre ellos era mucho más serio de lo que ambos querían admitir.

Puede que hubiera empezado como una simple aventura, pero había algo más. No le había hecho falta que se lo confirmaran, se les veía cuando estaban juntos. Tenían una complicidad difícil de alcanzar y no entendía cómo habían podido echar a perder ese maravilloso idilio de la noche a la mañana.

«Ah, la comunicación es sin duda el pilar sobre el que las bases de cualquier pareja deben construirse», reflexionó.

Era cuanto menos curioso que él, a quien solo le preocupaban los libros y la Historia y que había sacrificado cualquier relación personal por su trabajo, viera con tanta claridad lo que ellos eran incapaces de advertir. Tal vez solo necesitasen a alguien que se lo hiciera ver. Puede que todavía no fuera demasiado tarde. Esperanzado ante la perspectiva de poder mediar entre ellos, Llorenç se subió al Golf con un firme propósito. Inés era algo más que una alumna, era casi como una hija para él.

—¡Fuera de mi finca! —vociferó Rodrigo sin pensárselo dos veces cuando lo vio.

Puede que estuviera siendo un maleducado, pero no le importaba. Ese

hombre ya había entrado una vez en sus terrenos sin su permiso, no iba a permitir que lo hiciera dos veces. Sus explicaciones no iban a valerle de nada. Puede que el Ayuntamiento pudiera obligarle a ceder esos terrenos, pero, desde luego, no iba a hacerlo de manera amistosa.

Llorenç se aproximó nervioso. A él también le imponía Rodrigo, con su apariencia robusta y su fuerte carácter.

—Solo... solo he venido para hablar contigo.

—Hablar, hablar —refunfuñó el ingeniero—. Eso podíais haberlo hecho antes. Tú y tu subordinada —añadió con desprecio para referirse a Inés.

Eso era lo que más le había dolido de todo aquello. Que ella no hubiera sido capaz de confiar en él para decírselo. Que no se hubiera atrevido a contarle lo que pasaba. Puede que su reacción hubiera sido distinta si no se hubiera encontrado una maldita notificación del Ayuntamiento de la noche a la mañana.

—Inés está destrozada.

—¿Destrozada? ¡Ja! Lo dudo mucho. Si así fuera, al menos habría venido para darme alguna explicación. Qué extraño que tú sí hayas tenido los remordimientos necesarios para venir a hacerlo —bufó—. A ella solo le importa la maldita excavación. Lo único que quiere es venir aquí a apropiarse de mi finca.

—Sabes que eso no es así. Tienes que saber que le importas...

—¿Importarle? Yo no he sido más que un entretenimiento para animar sus largas jornadas de trabajo en el poblado.

—Si no le hubieras importado, ella te lo habría dicho desde el principio. Si te lo ocultó fue porque sentía algo por ti y tenía miedo de estropearlo —arguyó Llorenç—. ¿Es que no te das cuenta?

Rodrigo permaneció callado un momento. Quería que las palabras del arqueólogo fueran ciertas, pero no le creía. Le resultaba difícil aceptarlo porque él era el primero que había pensado que la relación entre ambos no era más que un pasatiempo, una distracción para el verano. Se había dado cuenta demasiado tarde. Él solo había querido demostrarle que se equivocaba con

respecto a la caldereta de su hermana y, después, llevarla a la cama. No había esperado sentir algo más profundo por Inés. Eran tan diferentes, tan distintos, opuestos en todo y, sin embargo, habían encajado a la perfección el uno con el otro. ¡Joder! La echaba de menos, pero no iba a admitirlo delante de él.

Se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Márchate, por favor —le rogó. Quería estar solo.

Llorenç desistió de su propósito. No iba a conseguir nada hablando con él, estaba demasiado dolido con Inés. Lamentándolo, se dio la vuelta y caminó hacia su coche. Se dijo que sería mejor no decirle nada a Inés de su pequeña visita a can Ribes, estaba seguro de que no lo hubiera aprobado.

«No ha servido de nada», se dijo.

Sin embargo, tal vez ese pensamiento no fuera del todo cierto. Rodrigo se había quedado intranquilo tras la inesperada visita. ¿Puede que Inés sintiera de verdad algo por él? Y, él, ¿le importaba ella tanto como para sacrificar aquello por lo que su familia había peleado toda la vida? Lo cierto era que la bodega podría seguir funcionando sin problemas, sus campos eran extensos y sacrificar unas pocas tierras no tenía por qué afectar a su productividad. Al fin y al cabo, todavía no habían llegado a explotar esa zona. Era cierto que llevaba tiempo planeando una expansión para la bodega y tendría que renunciar a ella, pero ¿y si...? Una idea cruzó por su cabeza... una brillante idea que les permitiría a los dos tener lo que querían.

—¡Eh, Llorenç, espera! —gritó al tiempo que corría tras él—. No te marches, se me ha ocurrido algo.

Sorprendido, el arqueólogo se colocó sus gafas y le prestó atención. Puede que sí hubiese sido una buena idea ir y, puede que esa vez no fuera demasiado tarde.

Rodrigo le explicó al detalle el plan que se le había ocurrido y se alegró al comprobar que no era el único que estaba entusiasmado con él.

—Bueno, ¿y a qué esperas? —le apremió Llorenç—. Ve a buscar a Inés para contárselo.

Rodrigo no lo dudó ni un segundo, sacó las llaves del bolsillo y puso

rumbo a Son Catlar seguido de Llorenç, que no quería perderse el espectáculo.

El Mehari recorrió el camino a toda velocidad, cuanto antes hablase con ella, mejor. No era solo que Rodrigo la añorase; se había dado cuenta de que no podía dormir por las noches. Desde que se habían distanciado, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el sabor de sus besos.

Capítulo 9

—¡Eh, *Bones*!

La irreconocible voz de Rodrigo hizo que Inés dejase caer el legón que estaba utilizando sobre el arenoso suelo y que pegase un respingo, pero no se giró. No quería hablar con él. Llevaban días sin verse y su último encuentro había sido de todo menos agradable. Sabía que, si hubiera hablado con él, en vez de ir postergando el momento, tal vez todo habría sido distinto, pero ya no podía cambiar las cosas.

Lo hecho, hecho estaba y tendría que apechugar con ello.

Recogió el legón, se agachó de nuevo y se concentró en remover la arena, afanándose en ello como si hubiese descubierto un importante hallazgo, cuando en realidad, lo único que tenía bajo sus manos era tierra.

Él se acercó y la agarró, obligándola a incorporarse y a mirarle.

—¿No piensas saludarme siquiera? —le susurró—. Te he echado de menos, *Bones*.

Su voz, tan cariñosa como tierna, la sorprendió, pero permaneció callada y se soltó el brazo.

—Después de haber intentado expoliar mi imperio, creo que es lo mínimo que merezco.

Inés iba a replicarle, pero se percató de su tono bromista y carente de enfado. No sabía qué era lo que había cambiado, pero, desde luego, no estaba

enojado con ella.

—¿Cuándo te marchas de vuelta a Valencia a continuar con la tesis? —
inquirió.

—A finales de agosto... —Todavía quedaba verano por delante, pero se
arrepentía de todos los días que habían desperdiciado enfadados—. ¿Por qué
lo preguntas?

Él se acarició el mentón, planteándose como decírselo.

—¡Rodri!, ¿qué pasa?

Él se acercó a Inés, complacido al escucharla llamarlo por su diminutivo,
y la tomó por la cintura.

—Estaba pensando que quizás te gustaría quedarte en esta isla una
temporada más.

Ella lo miró, sorprendida.

—Me he enterado de que hay una zona de la isla en la que han encontrado
unos restos arqueológicos que quizás estarías interesada en excavar. ¡Se trata
de bienes de inestimable valor histórico y cultural! —añadió, con
pomposidad.

Llorenç, que había estado escuchando escondido detrás de la muralla,
asomó la cabeza.

—Sí, sí, de un gran valor. Y, además, me temo, Inés, que tendrás que
liderar tú el proyecto. Me necesitan de vuelta en la universidad en unas
semanas, pero no te preocupes, ya he hablado con la fundación y están
encantados de que te quedes al mando.

Inés estaba demasiado abrumada para hablar. Aun así, hizo un esfuerzo.
Después de todo, le debía una disculpa a Rodrigo.

—Rodrigo, lo siento muchísimo. Yo no quería... es decir... sé que para ti
las tierras... y debí decírtelo, pero es que tenía miedo de tu reacción...

Él le cogió la cara con ambas manos, como en aquel beso que había
revivido una y mil veces en su cabeza.

—No te preocupes por nada, *Bones*. Ya sabes que soy un empresario de

éxito y que consigo todo lo que me propongo —dijo, en alusión a su insistencia en que ella probase la caldereta de langosta—. Además, ¿no crees que unas ruinas prehistóricas darán un toque de lo más pintoresco a las visitas de Can Ribes?

—¿Lo dices en serio?

Rodrigo se metió la mano en el bolsillo y sacó un panfleto publicitario de su bodega, en el que había añadido la visita a un poblado talayótico y a una necrópolis recién descubiertos en la isla.

—Supongo que, si los dos hubiéramos dejado a un lado nuestro orgullo y hubiésemos hablado con calma, nos habríamos ahorrado muchos problemas.

—Por suerte para vosotros —canturreó Llorenç, que seguía medio oculto tras la muralla—, este profesor estaba aquí para haceros entrar en razón.

—¡Llorenç! —Inés lo miró con el ceño fruncido.

¿Es que no podía dejarles hablar a solas? Por lo visto, seguían pareciéndole dos especímenes dignos de estudio.

Cuando lo vieron alejarse, Rodrigo la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿De verdad que no estás enfadado?

—Creo que no he estado más enfadado en toda mi vida, pero no pienso perderte por un pedazo de tierra. Joder, creí que lo nuestro no era nada serio, pero estaba equivocado. No puedo perderte. No por esto. Si he de ceder parte de mis terrenos al Ayuntamiento para una excavación, pues que así sea, pero no quiero que vuelvas a alejarte de mi lado.

—Debí decírtelo. Al principio, me callé porque no estaba segura de que las tierras de las que Llorenç me había hablado fueran las de Can Ribes, pero cuando me di cuenta, no me atreví a decírtelo. Estábamos tan bien... no quería estropearlo y cuando por fin me decidí a dar el paso ya fue tarde, se me habían adelantado.

Una lágrima recorrió su mejilla. ¡Había hecho las cosas tan mal que le parecía increíble que fuesen a solucionarse tan deprisa! Se puso de puntillas para besarlo, lo necesitaba, pero antes de hacerlo se detuvo a unos pocos

centímetros, pues todavía se sentía insegura.

—Maldita *Bones*, ¡bésame de una vez! ¿Es que no sabes que tú y tus huesos me habéis vuelto completamente loco?

Epílogo

Cuatro años más tarde —Ni lo sueñes, *Bones*, esta vez vamos hacer turismo como dos personas normales.

—¿A qué te refieres con “normales”? —inquirió Inés cruzándose de brazos.

Acurrucados en el sillón de ratán del porche, Inés y Rodrigo ojeaban los folletos que la agencia de viajes les había facilitado, tratando de ponerse de acuerdo para elegir destino.

—Me refiero, cariño, a que en nuestro viaje de novios no me vas a arrastrar de nuevo a uno de esos periplos tuyos donde me llevas a ver dólmenes, ruinas, necrópolis y catacumbas. ¡No pienso salir de esta isla si es para ver más huesos!

Inés frunció el ceño, a lo que Rodrigo respondió apretándola fuerte contra él y besándole la sien.

—Ya sabes que yo solo me pirro por tus huesitos.

—¡Rodri! Estoy hablando en serio.

—¡Yo también! —exclamó con sorna.

—En ese caso —murmuró Inés, pensativa, mientras pasaba las páginas de uno de los catálogos—, tú también tienes que ceder. Nada de viñedos ni de bodegas.

Él la miró extrañado.

—¿Ni de vinos?

—Nada de nada—respondió con firmeza—. Ni se te ocurra que vamos a ir al valle de Napa, a la Toscana o algo similar. Que ya te imagino pensando variedades de uva que sembrar en esos nuevos terrenos que has comprado.

—¿Y qué querías que hiciera? Algo tenía que hacer. Una afamada arqueóloga decidió reconvertir parte de mi finca en una excavación arqueológica... No me quedó más opción que comprar los terrenos de al lado cuando se pusieron a la venta, ¡era una oportunidad de oro!

Inés se echó a reír al recordar los días en que se habían conocido. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Parecía imposible que estuviesen a punto de casarse. Ella, que había llegado a Menorca para pasar unos meses, y había terminado quedándose a vivir allí. Lo que había creído que era un amor de verano se había transformado en un amor para toda la vida.

Rodrigo se había convertido en su mejor apoyo y, aunque seguían siendo polos opuestos en muchas cosas, y, a veces, eran incapaces de ponerse de acuerdo en temas tan sencillos como elegir destino para su luna de miel, sentía que cualquier problema tenía solución estando a su lado. Se lo contaban todo y, a pesar de que no siempre pensaban igual, habían aprendido que la confianza era la base de su relación. Nunca más un malentendido se interpondría entre ellos.

Habían comprendido que el encuentro más íntimo entre dos personas no era el que tenía lugar en la cama, sino que la auténtica intimidad era la que se daba cuando uno superaba el miedo a mostrarse tal cual era. El amor, si no querían que fuese algo que desaparecía tan rápido como aparecía, debía cimentarse en unas bases sólidas y necesitaba del esfuerzo de ambos para unirse en un proyecto común.

Así lo habían hecho. En su plan de vida tenían claro que no podía faltar el cariño entre ellos, que nunca debían dejar de cuidarse el uno al otro y que el amor era tener sueños compartidos y otros muchos por vivir.

En ese momento, la luna de miel era uno de ellos.

—¿Has dicho que nada de vinos? —preguntó Rodrigo sacándola de sus

pensamientos.

Inés asintió.

Rodrigo se puso en pie y descorchó una botella que había dejado antes sobre la mesa baja que había frente al sillón.

—¿Seguro que no quieres, ni siquiera, malvasía? —le cuestionó mientras servía dos copas sin esperar su respuesta—. No recuerdo que le hayas dicho nunca que no... Estoy convencido de que nos ayudará a encontrar un destino que nos satisfaga a los dos.

—No sé si eso hará que nos decidamos, aunque puede que sirva para otra cosa... —ronroneó Inés, dejando los folletos en el suelo y acercándose a coger su copa.

—Me temo, *Bones* —afirmó Rodrigo, rodeándola por la cintura con el brazo que le quedaba libre—, que nosotros no necesitamos ayuda para eso.

Inés se agitó entre sus brazos, turbándose como si fuera una adolescente. Así la hacía sentir Rodrigo. Así la habían hecho sentir sus besos desde el primer día y eso no había cambiado. Cada vez que sus labios se aproximaban a los suyos, se sentía como una quinceañera, una quinceañera adicta.

Adicta al sabor de sus besos.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para
subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*